

TRADUCCIÓN Y VALORACIÓN HISTORIOGRÁFICA DE “DER SCHATZ VON ALISEDA”, JOSÉ RAMÓN MÉLIDA (1928)¹

Ignacio PAVÓN SOLDEVILA, Alonso RODRÍGUEZ DÍAZ e Isidoro REGUERA PÉREZ
Universidad de Extremadura

Resumen

En este artículo se ofrece una valoración historiográfica de “Der Schatz von Aliseda”, un trabajo tardío (1928) en la bibliografía de José Ramón Mélida Alinari. El análisis de las circunstancias en que surge y madura dicha aportación resulta fundamental para entender su viraje interpretativo en torno a cuestiones como el contexto o la cronología del célebre Tesoro de Aliseda, aparecido casualmente en 1920 y estudiado y recuperado para el Museo Arqueológico Nacional de Madrid por esta ilustre personalidad de la Arqueología española.

Palabras clave: Tesoro de Aliseda, José Ramón Mélida Alinari, Howard Carter, Fenicio, Orientalizante, Tartessos.

Abstract

This paper offers an historiographical assesment of “Der Schatz von Aliseda”, a late work (1928) in the bibliography of José Ramón Mélida Alinari. The analysis of the circumstances in which it arises and matures is essential to understand his interpretive turn about questions as the context or the cronology of the famous Aliseda’s Treasure, found casually in 1920 and studied and recovered to the National Archaeological Museum in Madrid by this distinguished character of Spanish Archeology.

Keywords: Treasure of Aliseda, José Ramón Mélida Alinari, Howard Carter, Phoenician, Orientalizing, Tartessos.

La figura de José Ramón Mélida Alinari, que viene siendo en los últimos tiempos objeto de particular interés historiográfico, cuenta en nuestros días con dos excelentes monografías y toda una serie de artículos que han ponderado su relevancia tanto en los niveles nacional e internacional como en su relación con Extremadura (Álvarez-Ossorio, 1934; Díaz-Andreu, 2004; Casado Rigalt, 2006a, 2006b y 2006c; Cerrillo Martín de Cáceres, 2006-07). Siendo,

¹ Este trabajo se inscribe en el Proyecto Investigador del Plan Nacional I+D+i “El Tiempo del Tesoro de Aliseda” (HAR2010-14917) y en la Acción Complementaria “Estudio del contexto arqueológico del Tesoro de Aliseda (Cáceres)” (HAR2011-15841-E).

como es, una personalidad muy conocida, no procede extendernos en su presentación. Sin embargo, creemos necesario –a fin de contextualizar el trabajo que aquí comentaremos: “Der Schatz von Aliseda”– esbozar siquiera unos breves apuntes sobre su producción bibliográfica internacional y su posicionamiento vital ante el panorama científico europeo. Tras ese preámbulo, abordaremos sus publicaciones sobre el Tesoro de Aliseda, en las que encuentra su sentido el análisis del mencionado trabajo en alemán. Tras sopesar su contexto y originalidad, y puesto que se trata de una obra poco conocida y deficientemente valorada en nuestro país, ofrecemos su traducción.

1. LA PRODUCCIÓN BIBLIOGRÁFICA INTERNACIONAL DE JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

La bibliografía internacional de José Ramón Mélida se reduce, si nos basamos en los recientes listados de Díaz-Andreu (2004: CLXXI-CXCIX) y Casado Rigalt (2006a: 421-432), a menos de una decena de títulos entre los más de trescientos que globalmente se le conocen. Pese a ello, como sus biógrafos han subrayado, Mélida fue posiblemente el arqueólogo español más representativo del período comprendido entre 1876 y 1936, en el que condujo a la disciplina arqueológica de nuestro país desde la tradición anticuaria precedente hasta los principios positivistas y científicos. En este sentido, trató en cierto modo de “europeizar” la ciencia española y reducir la distancia que la separaba de la que se hacía en los países de su entorno. En este marco, se han sugerido su visita a los museos parisinos en 1883 y los contactos con los hispanistas franceses como los factores fundamentales de ese proceso modernizador (Casado Rigalt, 2006a: 397 y 416; 2006b: 374).

Como ha apuntado D. Casado Rigalt (2006b: 377), una de las constantes de Mélida a lo largo de su vida fue precisamente su inclinación francófila, apuntalada tras el mencionado viaje a París de 1883; realizado cuando tenía 27 años y en plena fase de formación como arqueólogo. Sus primeros trabajos publicados en el extranjero, sin embargo, los firmará ya cuarentón para la francesa *Révue des Universités du Midi*, donde en 1897 aparecerá un artículo suyo en la sección “Exterieur-Bulletin Archéologique d’Espagne”. El creciente interés por la arqueología ibérica en el país vecino había llevado al profesor de Historia Antigua de la Universidad de Burdeos Georges Radet a acoger al arqueólogo español entre las páginas de su revista universitaria, donde desempeñaría una suerte de corresponsalía orientada a informar someramente sobre los hallazgos y progresos de la arqueología en nuestro solar. Dicha sección sería el germen de *Bulletin Hispanique*, creado en 1898 –tal vez reflejo del interés acrecentado tras la aparición y traslado a París de la Dama de Elche en 1897–, donde el mismo Mélida daría a conocer “Archéologie ibérique et romaine” (Casado Rigalt, 2006a: 147-148). Estas intensas relaciones con el hispanismo francés eran consecuencia, entre otras circunstancias, de un acercamiento franco-español avivado –en opinión de Casado Rigalt (2006b: 384)– por el rechazo que encontró el pangermanismo en buena parte de la intelectualidad latina. Sin embargo, esta fugaz aparición en la escena bibliográfica europea no tendría continuidad durante décadas, volviendo a encontrarse otros estudios suyos sólo a partir de 1928.

La bibliografía internacional de Mélida que nos encontramos tras el año veintiocho no es mucha, pero sí relevante si por los títulos –que ahora repasaremos– nos guiamos. Por otra parte, no estamos ya ante la anterior labor del corresponsal que en su popurrí ponía al día sobre las novedades en diversos sitios (Ciempozuelos, *Segobriga*, Carmona, Jerez de los Caballeros, Costig, Cabeza del Buey, Arenas de San Pedro, Jumilla...) (Casado Rigalt, 2006a: 148); sino ante el eco tardío de lo que para entonces era ya una sólida y amplia carrera –cada vez

más cercana a los círculos de poder– vinculada a las Reales Academias de la Historia y de San Fernando, al Museo de Reproducciones Artísticas, al Museo Arqueológico Nacional y a la Universidad Central de Madrid, entre otras instituciones, además de a las excavaciones de *Ocilis*, Numancia o Mérida. En ese momento, lógicamente, es Mérida uno de los temas favoritos para mostrar al exterior, pues con su teatro romano acudirá a las páginas de la revista del Archaeological Institute of America *Art and Archaeology* (1928); y sobre sus excavaciones pronunciará también en 1929 la conferencia “Les Fouilles de Mérida”, leída en Berlín, en francés, en la conmemoración del Centenario del Instituto Arqueológico Romano-Germánico y publicada en el *Bericht über die Jahrhundertfeier* de dicha institución (Díaz-Andreu, 2004: CXCI); Casado Rigalt, 2006a: 382).

Precisamente, el trabajo que a continuación comentaremos, “Der Schatz von Aliseda”, se sitúa en esa misma línea al aparecer en la serie *Archäologischer Anzeiger. Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts* con fecha de 1928. Dicha colección era bien conocida por Mérida, pues de hecho recensionó en 1904 para la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* el “Funde in Spanien” publicado en la berlinesa por Pierre Paris (Díaz-Andreu, 2004: CLXXX); sin embargo, hasta casi veinticinco años después no aparecería él por sus páginas. Podría especularse con distintas razones para explicar esa ausencia, desde su desconocimiento de la lengua alemana (Casado Rigalt, 2006a: 399) hasta su probable simpatía por la causa aliadófila, favorecida por la ya comentada predisposición francófila, en el tenso ambiente europeo previo y posterior a la Gran Guerra (Casado Rigalt, 2006b: 377). No obstante, lo que nos interesa es tratar de entender por qué finalmente publicó en *Archäologischer Anzeiger* en 1928.

Se trata de una pregunta para la que no tenemos una respuesta contrastada, pero sí un marco hipotético que incide en el peso de las relaciones institucionales o académicas. Así, José Ramón Mérida, que ya había sido nombrado socio correspondiente del Instituto Arqueológico Romano-Germánico (o del Imperio Germánico según otras traducciones; hoy Instituto Arqueológico Alemán) en 1884 y venía manteniendo relación con los museos alemanes (Casado Rigalt, 2006b: 396-397), intensificaría sus contactos en torno a los años finales de la década de los veinte con las primeras figuras de la arqueología europea y, entre ellas, de la alemana. Ello debió suceder en los preparativos y celebración, en la internacional Barcelona de 1929, del IV Congreso Internacional de Arqueología (para el que se le nombró presidente efectivo). Como ha apuntado F. Gracia Alonso (2011: 235), este IV Congreso puede considerarse el de “la reconciliación”, por la presencia de arqueólogos de los países vencedores y vencidos por primera vez tras el desenlace de la Primera Guerra Mundial; y es tal vez en torno a este clima en el que pueden entenderse las colaboraciones surgidas entre quienes por encima de todo eran hombres de ciencia. Entre ellas, como muestra, podríamos señalar la aportación de Mérida al *Arte Clásico (Grecia y Roma)* coordinado por Gerhardt Rodenwaldt para la Editorial Labor (1931) y, muy probablemente, el envío de “Der Schatz von Aliseda” –un estudio sobre un tesoro descubierto a comienzos de los años veinte en un pueblo de Cáceres, el más impresionante de los hasta entonces hallados en España– a la revista dirigida por el prestigioso sabio alemán.

2. EL TESORO DE ALISEDA EN LA BIBLIOGRAFÍA DE MÉLIDA. 1921-1922

El 29 de febrero de 1920 tuvo lugar el hallazgo casual del célebre Tesoro de Aliseda, un espectacular conjunto de joyas –hoy considerado como uno de los mejores exponentes de la orfebrería orientalizante– en cuya recuperación para el Museo Arqueológico Nacional (en

adelante, M.A.N.), primeras valoraciones científicas y difusión jugó un destacado papel José Ramón Mélida, desplazado hasta Cáceres, a instancias de su Comisión de Monumentos, unos días después su aparición. Dado que algunas de estas facetas han sido tratadas en otro estudio (Rodríguez Díaz *et al.*, 2014), únicamente nos ocuparemos en esta ocasión de su producción bibliográfica al respecto y, en particular, de uno de sus trabajos menos difundidos en nuestro país.

En el lapso comprendido entre 1921 y 1922 Mélida redactó y publicó sus estudios más directamente relacionados con el tesoro, que aparecieron bajo dos formatos distintos. Por una parte, en el primero de esos años, ofrece una versión extensa de ellos en la monografía editada por el M.A.N. bajo el título *El Tesoro de Aliseda. Noticias y descripción de las joyas que le componen*; reproducida literalmente ese mismo año, bajo el título “Tesoro de Aliseda. Noticia del tesoro en particular y de la joyería fenicia en general”, en el número XXIX del *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Por otra, una versión más sintética vio la luz con la denominación “El Tesoro de Aliseda”, escrito en la misma fecha para el número 105 de la revista *Coleccionismo*. Esta misma versión resumida aparecerá poco después como “Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional en 1920. Notas descriptivas. II Adquisiciones del Estado. Tesoro de Aliseda” en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (julio a septiembre de 1922); y como “Joyas fenicias y cartaginesas. El Tesoro de Aliseda (Cáceres)” en *Museum. Revista mensual de arte español antiguo y moderno y de la vida artística contemporánea*, aunque en esta última revista con algunas matizaciones de gran interés que mencionaremos en su momento.

Es de ellas, tal vez, la publicación del M.A.N. la que en propiedad puede considerarse la presentación del tesoro en sociedad. Una presentación que concluye con la primera descripción detallada de las piezas –así como de sus fotografías– pero que se ve precedida de hasta cuatro apartados en que se desgranar: I) las peripecias acontecidas desde el hallazgo del tesoro hasta su recuperación y depósito en el M.A.N.; II) el análisis del contexto; III) un repaso a la orfebrería fenicia hasta entonces conocida en España y el extranjero; y IV) el análisis del arte y la técnica de estas alhajas. Prescindiendo ahora de la historia del hallazgo, cuya cuasi detectivesca reconstrucción exigiría mayor extensión de la que estas páginas brindan (Rodríguez Díaz *et al.*, 2014), en esta aproximación historiográfica nos interesa, sobre todo, detenernos en las vertientes investigadoras inauguradas allí por Mélida y sus conclusiones al respecto.

2.1. EL ARTE Y LA TÉCNICA DE LAS ALHAJAS

Cabe atribuir precisamente al director del M.A.N. el arranque de los estudios sobre el arte y la técnica de las alhajas, que tanto predicamento tendrán más tarde, si bien transmutados con el tiempo en análisis sobre estilo, iconografía y tecnología, pero orientados ya en gran medida a obtener respuestas sobre la autoría y cronología del tesoro. Las líneas dedicadas a ello suponen, pues, el comienzo de una larga senda; y, aunque hoy en día apenas son citadas, la profundidad de su análisis alcanza, no obstante, un nivel no superado, según opinión generalizada, hasta casi treinta y cinco años después. Sin insistir ahora en ello, conviene recordar que en términos técnicos Mélida –siguiendo en gran medida el análisis preliminar efectuado por el miembro de la citada Comisión, M. Á. Ortí Belmonte²– relacionó de inmediato las joyas de Aliseda con los trabajos de orfebrería realizados por fenicios y cartagineses, y con las

² Dicho informe de Ortí Belmonte se recoge en el acta de la sesión celebrada por la Comisión de Monumentos de Cáceres el día 14 de marzo de 1920 (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXVII, pp. 365-379).

labores de repujado, fundido, cincelado, orfebrería, granulado y grabado que la caracterizan. Igualmente refirió, ya desde una perspectiva artística, cómo “sabido es que los fenicios, dado su espíritu utilitario y su condición mercantil no fueron creadores, sino que se aprovecharon de las creaciones de los grandes pueblos civilizados para formar con tales elementos un estilo suficiente para sus limitadas necesidades estéticas y para introducir el buen gusto en los pueblos atrasados en que colonizaron y con quienes mantuvieron relaciones mercantiles. Primero el Egipto, luego la Asiria, y últimamente la Grecia fueron las naciones de cuyas artes tomaron modelo los fenicios, cuya originalidad relativa está en la mezcla y fusión acentuada de tan distintos elementos” (Mélida Alinari, 1921a: 17-18; 1921b: 108-109).

Según se desprende de la descripción y estudio de la joyería aliseña –que Mélida contrastó con toda la mediterránea y española hasta entonces atribuida a fenicios y cartagineses, y que en su mayor parte fue valorada como importación desde los talleres de Fenicia y Cartago (Mélida Alinari, 1921a: 11-15; 1921b: 102-106)– ésta se constituyó mayoritariamente de productos fenicios, a excepción de la diadema, que “se diferencia por su labor, como por su estilo recargado, en armonía con el gusto ibero, de las demás alhajas del tesoro, por lo cual creemos que de todas ellas es la única de factura indígena” (Mélida Alinari, 1921a: 21; 1921b: 112); llevando, en función de todo esa comparación “al [siglo] VI las alhajas de Aliseda tan exquisitas por su arte y tan perfectas por su técnica” (Mélida Alinari, 1921a: 19; 1921b: 110).

2.2. EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

La reciente valoración de que en sus estudios sobre el tesoro Mélida desplegó una tónica positivista, sin preguntarse por el contexto de los hallazgos ni su significación social (Díaz-Andreu, 2004: LXXVIII), requiere, al menos, una matización; pues posiblemente sean las páginas por él dedicadas al contexto arqueológico del tesoro las que una más atenta relectura han fomentado en los investigadores posteriores. Una relación de Mélida con el estudio del contexto que es, dicho sea de paso, extraordinariamente contradictoria; pues si bien de una parte incorpora en su relato cuantos testimonios puedan aclararlo, haciendo gala de un aparente interés en reconstruirlo, de otra nos sorprende su más absoluta inasistencia al lugar de los hechos. Esto, que ya fue apuntado por el dedo de la investigación (Blanco Freijeiro, 1956: 14), denota una indolencia injustificable desde la perspectiva actual, al encontrarse el 28 de marzo de 1920 –como él mismo anota (Mélida Alinari, 1921a: 6)– en un punto tan cercano a Aliseda como Cáceres, adonde llegó para examinar el tesoro en su Juzgado: treinta kilómetros de distancia, bien es verdad que de los años veinte. Sin embargo, tampoco resulta del todo incomprensible el pragmatismo adoptado por quien esencialmente pretendía recuperar el tesoro para el disfrute de la Nación (Casado Rigalt, 2006b: 374-375) y evitar las desagradables sorpresas que en otras ocasiones –la de la Dama de Elche, por ejemplo– habían dado pie al tráfico de antigüedades y la salida del país de lo mejor de su patrimonio.

Sea como fuere, es Mélida en sus sucesivos escritos quien con más extensión aborda el problema del contexto arqueológico de las joyas, con las inevitables derivaciones que ello implica de cara la valoración funcional del tesoro, esbozando reflexiones que superan, como veremos, la escala de lo inmediato.

De entrada, y en todos sus escritos, es unánime la condena al proceder de los descubridores, a quienes responsabiliza de la lamentable pérdida de información, pues “posiblemente ellos mismos por su rudeza e ignorancia las desbarataron [las alhajas] y mezclaron con la tierra, rompieron o acabaron de romper la vasija y otros objetos, y malograron, por lo tanto, el primer dato cierto de la situación arqueológica de esas joyas” (Mélida Alinari, 1921a: 5; 1921b: 96). Aun insistiendo en ello, en otra ocasión reconoce ciertas posibilidades reconstruc-

tivas, pues “conviene decir previamente que a pesar de que las noticias de las circunstancias del hallazgo han sido tan confusas e incompletas, como puede suponerse dada la ignorancia de sus descubridores, por algunas referencias puede pensarse, con bastantes visos de certidumbre, que lo descubierto por modo tan inesperado fue una sepultura a modo de arca formada por algunas piedras, sobre la cual se elevaba un pequeño montículo de tierra y que las alhajas se encontraron sueltas a un metro de profundidad. Robustece la presunción de que fuera una sepultura, la naturaleza de las alhajas, pues las de oro permiten reconstruir el riquísimo aderezo de una dama” (Mélida Alinari, 1918-25: 220-221). Según sus palabras, dicha recreación se apoyaba, esencialmente, en dos testimonios locales: el del médico de Aliseda Manuel Calzada –trasladado a su vez por Juan Sanguino Michel– y el del boticario Jacinto Acedo Pedregal, importantes para iniciar una lectura de los niveles que hoy diríamos micro y mesoespacial.

La impresión del primero, que se recoge en una carta girada por el galeno de Aliseda al entonces vocal de la Comisión de Monumentos y director del Museo de Cáceres, es que el descubrimiento tuvo lugar “en la parte superior de un pequeño cerro o altozano, que antiguamente debió de tener monte bajo, jaras, tomillos, etc., a un metro de profundidad, a unos cincuenta de las últimas casas del pueblo, contiguo al camino llamado cordel y a los caminos que dan acceso al pueblo y al puerto de la sierra, junto y a lo largo de un trozo de pared subterránea, como de cimiento formado de piedras sueltas al azar, sin argamasa o cemento de unión. Los objetos de oro no estaban en vasijas, sino desparramados y mezclados con la tierra, en uno o dos metros cuadrados de extensión” (Mélida Alinari, 1921a: 9; 1921b: 100). “Según referencia que debo –continúa Mélida (1921a: 10; 1921b: 101), aportando el segundo testimonio– a D. Jacinto Acedo Pedregal, farmacéutico de Aliseda, del otro lado del murete, donde estaban las piezas de oro, pareció el brasero de plata cartaginés y otro vaso análogo del mismo metal que está fragmentado”.

Sin que en estas palabras de los paisanos se aluda ni remotamente a un entorno funerario, para el ilustre académico madrileño tres serían, a la postre, las razones para su primera interpretación contextual: I) las dimensiones del supuesto receptáculo (“son las apropiadas para una sepultura”); II) la dispersión de las joyas (“y si en tal sitio no estaban en vasijas los objetos, sino sueltos, de este dato adquiere alguna fuerza la presunción de que pudo ser lo descubierto un sepulcro, el cual, según otra referencia, acaso era un arca de sillarejos como las descubiertas en Cádiz en 1887”); y III) la naturaleza de las alhajas (“pues excepto un platillo de oro, especie de pátera, la mayor parte de ellas componen el rico aderezo de una dama: un aro al parecer de cabeza, una diadema, collares, cinturón, un par de arracadas, un par de pulseras, sortijas y anillos signatarios, unas cadenillas y numerosas piececillas de aplicación a algún vestido”). El hecho, pues, de que de los veinte objetos descritos inicialmente por Mélida nueve correspondieran –con bastante certidumbre, según él– al lujoso aderezo de una dama ha venido condicionando desde ese momento buena parte de la interpretación funcional del tesoro; pese a que explícitamente se reconociese que no se tenía noticia, sin embargo, de que se hubiesen descubierto huesos (Mélida Alinari, 1921a: 10; 1921b: 101).

Pese a decantarse claramente por la hipótesis funeraria en las versiones extendidas de su estudio, las versiones reducidas –escritas curiosamente a la par que las extensas–, aun subrayando la verosimilitud de la propuesta anterior, parecen dejar más abierto el tema: “las circunstancias fortuitas del hallazgo y las rudas manos que lo verificaron, causa de que las alhajas hayan sufrido mucho y de que vinieran dispersas las numerosas piezas que componen algunas, hoy reconstruidas, son causa de que no se pueda precisar si se trata de un tesoro escondido, como muchos arqueológicos, o si de los adornos de una dama en su sepultura, lo que parece verosímil por la referencia de que había una construcción de sillarejos, que pudo ser sepulcro, cubierta por un montículo” (Mélida Alinari, 1921c: 166; 1922: 342).

2.3. LA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

Pero, como sugeríamos más arriba, las dudas de Mérida se vuelven, si cabe, mayores cuando de lo que se trata es de trazar una interpretación histórica del descubrimiento. Es entonces cuando surgen los interrogantes verdaderamente irresolubles en torno al “hallazgo más inesperado que pudo imaginarse en un punto tan tierra adentro de la Lusitania, puesto que se trata de alhajas fenicias y cartaginesas” (Mérida Alinari, 1921a: 8; 1921b: 99). Unas palabras que no resultan en absoluto sorprendentes, pues el único objeto que en esas fechas podía considerarse fenicio en una zona tan lejana como Extremadura, como el propio estudio señalaba, era el hoy conocido como “Guerrero de Medina de las Torres” –como buena parte de los hallazgos antiguos, también sujeto a una polémica sobre su verdadero lugar de exhumación (Ortiz Romero, 2005)–, “adonde llegaron la colonización o por lo menos el comercio fenicio que tan intenso fue en Andalucía”.

Un hallazgo inesperado, huérfano de marco macroespacial –diríamos hoy– y desamparado por el silencio de las fuentes sobre el tema, que llevó al propio Mérida a enmendar unas líneas redactadas algo antes de producirse, a propósito de las “Edades del Metal”, en el texto manuscrito que en el transcurso de esos años preparaba para su célebre *Catálogo Monumental de España. Provincia de Cáceres*, publicado finalmente en 1924, sustituyendo:

“(…) por mucho tiempo las gentes íberas, sobre todo de las regiones del interior, como la que nos ocupa, debieron, vivir aisladas del movimiento de expansión, esencialmente marítimo y mediterráneo de los pueblos orientales cuyo influjo no debieron sentir hasta la Edad del Hierro, cuyo comienzo se fija en general hacia 1100 antes de J.C. y sin que por esto deje de entenderse que la influencia oriental, como es sabido, se manifiesta desde el período eneolítico, como lo acreditan las tumbas de cúpula, de que hemos hablado. Y será bueno añadir que aunque débilmente debió llegar a la región cacereña, en la Edad del Hierro la influencia de fenicios y griegos, colonizadores, y la de los dominadores cartagineses. A esto hay que añadir que en una época que puede fijarse como fecha más remota en el siglo VI antes de J.C., reúne en la Península la invasión de los celtas, gentes pobladoras del occidente de la misma, que mezclándose con los íberos produjeron la raza celtíbera (...)”;

por la redacción que finalmente aparece en la obra impresa:

“(…) por mucho tiempo los pobladores (fueran de uno u otro origen étnico) de las regiones del interior, como la que nos ocupa, debieron, vivir aisladas del movimiento de expansión, esencialmente marítimo y mediterráneo de los pueblos orientales cuyo influjo no debieron sentir de un modo sensible hasta la Edad del Hierro, cuyo comienzo se fija en general hacia 1100 antes de J.C. (1). Lo que en conclusión importa consignar aquí, es que en una época que puede fijarse como fecha más remota en el siglo VI, antes de J.C., ocurre en la Península la invasión de los celtas, gentes que mezclándose con los iberos produjeron la raza celtíbera (...)”.

(1) En 1920 fue descubierto el Tesoro de Aliseda, compuesto de alhajas fenicias que datan del siglo VI antes de J.C. y que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. Hasta ahora son esas joyas las únicas antigüedades fenicias encontradas en la provincia, y su hallazgo en la región es en la Arqueología un hecho aislado” (Mérida Alinari, 1924a: 38; 1924b: 32).

El difícil acomodo histórico-espacial del tesoro –“hecho aislado”– en ese texto contrasta, en todo caso, con la ágil justificación económica aducida en 1921, facilitada por los tópicos al uso sobre los fenicios: “queda, pues, fuera de toda justificación histórica la presencia de objetos fenicios y cartagineses en un punto de la región occidental de Extremadura, si bien es perfectamente admisible que la acción comercial de fenicios y cartagineses llegase a puntos del interior, (...) y la existencia de minas pudo y debió ser allí, como en muchos puntos, la causa de la penetración de dichos colonizadores e invasores” (Mérida Alinari, 1921a: 10-11;

1921b: 101-102). Unas minas, concretamente de hierro –como se puntualiza en las mencionadas versiones cortas del hallazgo (Mélida Alinari, 1921c: 165; 1922: 342)–, que contribuyen a enriquecer la valoración socioeconómica provisional del conjunto, a expensas de nuevos descubrimientos: “la situación a la parte septentrional de la Sierra de San Pedro, en la cuenca del Tajo y en el cordel o camino de ganados trashumantes, justifica desde luego la existencia de un poblado, que pudo tener origen ante-romano; pero no sería esto suficiente para justificar la presencia, en tan ignorado sitio, de joyas fenicias tan preciosas, si no se ofreciese como prueba elocuente, la existencia de minas de hierro, cuya explotación por fenicios y cartagineses es sobradamente verosímil. Esposa o hija de algún opulento minero pudo ser la dama que con esas joyas se engalanó y fue enterrada. Las excavaciones que van a practicarse en Aliseda podrán aclarar estos extremos y acaso acrecentar tan interesante colección” (Mélida Alinari, 1918-25: 225-226).

3. “DER SCHATZ VON ALISEDA”. 1928. VALORACIÓN HISTORIOGRÁFICA

En su valoración de la bibliografía dejada por Mélida sobre el Tesoro de Aliseda, M. Díaz-Andreu (2004: LXXVIII) estima que “otros artículos como el publicado en alemán (Mélida, 1928) son un resumen del anterior”. Nada más lejos de la realidad. La aparición de “Der Schatz von Aliseda” en el n.º 43 de *Archäologischer Anzeiger* supuso, además de la internacionalización del hallazgo, una importante novedad en la historiografía del tesoro al reflejar la definitiva elección del benemérito catedrático por una de las dos opciones antes esgrimidas, la que en principio había gozado de menos crédito, la teoría de la ocultación. Una tesis sostenida, desde este momento, sobre las derivadas de dos acontecimientos con diverso peso específico en la construcción del nuevo relato, pero que prácticamente –por no decir totalmente– han pasado desapercibidos para la reciente investigación española: la realización de excavaciones en Aliseda y el reconocimiento del tesoro por el afamado egiptólogo británico Howard Carter.

3.1. LAS EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN ALISEDA. 1921

Sobre los trabajos arqueológicos en Aliseda, sólo cabe recordar que el propio Mélida ya anunció –como hemos visto– en su artículo para *Museum* que iban a practicarse excavaciones, y, en segundo lugar, reconocer lo anómalamente escueto que resulta el tratamiento dado a las mismas en su nueva colaboración para *Archäologischer Anzeiger*. De hecho, toda referencia a ellas se limita a la breve mención en un párrafo que retoma el problema de la interpretación contextual: “Me di cuenta inmediatamente de que se trataba de un tesoro fenicio. Los testimonios que podían aclarar las circunstancias del hallazgo son muy confusos: se habló de una vasija de barro, que parece que los descubridores partieron a golpes, lo que hacía suponer que, como en otros casos, los adornos estaban guardados en ella; se habló también de que no se encontraron en una vasija, sino que estaban dispersos en una superficie de aproximadamente 2 m². La información más segura, que luego fue confirmada también por una minuciosa excavación posterior, es que existía en el lugar del hallazgo un resto de construcción del tipo de un muro de cimentación, formado por pequeños mampuestos unidos a seco. No es fácil decidir si hay que considerar el conjunto como un lugar de enterramiento (no se conocen hallazgos de huesos) o, lo que es más probable, como un simple escondrijo de esos valiosos objetos” (Mélida Alinari, 1928: 497-498).

Como hemos dado a conocer en otro estudio, dichas excavaciones, solicitadas por la Comisión de Monumentos de Cáceres probablemente a instancias de Mélida, se habrían

desarrollado en 1921 bajo la supervisión de Juan Cabré Aguiló. En función de la documentación que en dicho trabajo hemos presentado, Cabré recaló en Aliseda a mediados de noviembre de 1921, generando su actuación una documentación hoy muy mermada pero fundamental para conocer el panorama arqueológico que se encontró (Rodríguez Díaz *et al.*, 2014). Una excavación que, hasta donde sabemos, sólo se plasmó en este leve rastro bibliográfico de *Archäologischer Anzeiger*; lo cual no deja ser muy extraño tratándose, como se trataba, de la intervención en un sitio con tan altas expectativas. Quién sabe si no fue precisamente el verlas defraudadas (tal vez al no encontrar más rastros de la supuesta tumba de la dama) uno de los factores que propició el viraje interpretativo de Mérida.

3.2. LA CONEXIÓN “CARTER-MÉLIDA” EN LA NUEVA VALORACIÓN DEL TESORO: “DER SCHATZ VON ALISEDA”. 1928

Mayores consecuencias para el replanteamiento del problema del tesoro tuvo, sin duda, el segundo acontecimiento. Éste vino propiciado por la breve estancia en nuestro país de Howard Carter, a finales de noviembre de 1924, que respondía así a la invitación cursada por el Comité Hispano-Inglés de la Residencia de Estudiantes a fin de que impartiese dos conferencias sobre las excavaciones que, en compañía de Lord Carnavon, había realizado en el Valle de los Reyes (Egipto) y que depararon el sorprendente descubrimiento de la tumba de Tut-Ank-Amen (Tutankhamon) en noviembre de 1922. Mérida, que estuvo en la primera de las conferencias, celebrada en un salón de la Residencia de Estudiantes³, guiaría a la mañana siguiente la visita de Carter al Museo Arqueológico Nacional que se produjo el día 25 de noviembre. También estaría presente, junto a varias personalidades, en la cena de honor ofrecida esa misma noche en la embajada de Inglaterra, y en la tarde del 26 volvería a escuchar la segunda conferencia impartida, en este caso, en el teatro Fontalba (Pons Mellado, 1999). No nos cabe ninguna duda de que fue en esa visita al M.A.N. cuando Carter contempló el Tesoro de Aliseda (Rueda Muñoz de San Pedro, 1993: 66).

Hasta donde llega nuestro conocimiento, Carter no publicó nada sobre las joyas extremeñas, pero sus comentarios sobre ellas fueron reflejados y hasta utilizados por Mérida para refrendar su “última palabra” al respecto; una palabra poco o nada fiel, como veremos, con su propia producción bibliográfica previa. Así, haciéndose eco de sus estudios anteriores comenta en su publicación de 1928: “estos objetos los describí en un memorándum –[en nota cita su trabajo de 1921 (Mérida Alinari, 1921a)]– en el que informaba del importante descubrimiento. Ya allí llamé la atención sobre las diferencias técnicas que pueden constatarse en algunas piezas de oro y advertí que éstas apuntan a distintos orígenes y épocas diferentes. Según ello, se trata seguramente, como en otros casos semejantes, de una mezcla variada de objetos valiosos, de un tesoro escondido, como supuso Howard Carter, a quien enseñé esas antigüedades. Esa suposición viene apoyada además por lo inusual de un hallazgo así en Aliseda, una localidad sin historia, de la que no se conocen ni tradiciones ni otras antigüedades” (Mérida Alinari, 1928: 498). Sobre esos “distintos orígenes y épocas diferentes” de las piezas no hay absolutamente nada –salvo la diferenciación de la diadema indígena del resto de joyas fenicias y cartaginesas, todas consideradas del siglo VI, como hemos visto– en los escritos de 1921-22 ya analizados. Además, Mérida era perfectamente conocedor, por su relación con la Comisión de Monumentos de Cáceres y la lectura de sus informes, de otros

³ Crónicas de ambas conferencias en *ABC*, 25 de noviembre de 1924, p. 17; y *ABC*, 27 de noviembre de 1924, pp. 13-14.

hallazgos arqueológicos acaecidos en ese mismo término municipal⁴, vestigios de ocupaciones antiguas que negaba al calificar displicentemente a Aliseda de “localidad sin historia”.

Otra notable novedad del artículo de 1928 es el estudio del jarro de vidrio, completo ahora gracias a la recuperación de todas sus piezas –rescatadas al cabo de meses por el farmacéutico Jacinto Acedo y remitidas por él al M.A.N.– y reconstruido (Mélida Alinari, 1928: 507, fig. 7). Retomando lo ya publicado en 1921, apunta Mélida: “Ya al examinar el fragmento reconocí, y la reconstrucción del recipiente no lo desmintió, que se trataba de una imitación de un objeto egipcio, realizada por fenicios, que gustaban de copiar inscripciones religiosas con signos jeroglíficos con bastante frecuencia, también en este caso, sin sentido racional alguno. Mi opinión fue confirmada por Howard Carter, que me comunicó en un escrito del 17 de febrero de 1925 que la inscripción presuntamente egipcia es equiparable a inscripciones ‘egipcias’ semejantes que proceden de no antes del siglo IV antes de Cristo o más probablemente del siglo III o II, a excepción de los cartuchos imitados, que guardan una semejanza curiosa con los de Asiria, encontrados en Nimrud, que pertenecen al siglo VIII o VII, en todo caso al IX. El citado hallazgo de Nimrud, como también otros de Nínive, contenía platos de ofrenda de plata, elaborados por fenicios e introducidos por ellos en Asiria, igual que los descubiertos en Chipre. La yuxtaposición de elementos temporalmente diferentes en las inscripciones del recipiente es una prueba más de la falta de originalidad de su factura y de su pura repetición artesanal. La pieza hubo de venir a España no más tarde del siglo III a.C., en que se expulsó a los cartagineses” (Mélida Alinari, 1928: 508).

Hecho este descubrimiento, y asentado en la autoridad de Carter, Mélida replantea no tanto la autoría del tesoro –que sigue vinculando a los talleres fenicios de Oriente– como las cronologías de fabricación y ocultación:

“Si se considera la pureza de su estilo y su técnica, las piezas reconocidamente fenicias, como las arracadas, en las que se reúnen elementos egipcios y asirios, así como los brazaletes con adornos asirios, pueden ser productos muy antiguos. Algunos creen que los finos objetos de adorno fenicios del tesoro pueden fecharse en el siglo IX, pero para una datación exacta faltan elementos de comparación, que no he encontrado, por mi parte, entre los ejemplares de Chipre ni de otros lugares, incluyendo España, que no tienen la misma perfección.

Por lo que respecta al cinturón fenicio, en el que predominan elementos asirios y que artísticamente es menos valioso que los objetos citados, nos parece que no se puede situar antes del siglo VI a.C., una datación que hemos de suponer en principio con las lógicas cautelas respecto a ésta y al resto de las piezas.

Los restos pertenecientes al collar, con las cabezas simbólicas egipcias, son idénticos a los que se encontraron en el sarcófago antropoide de Cádiz, que se data en el siglo V. Creo que no es precipitado suponer que esos objetos de adorno se inscriben entre el siglo VII y el V.

De los anillos, al de carácter prehelénico hemos de adscribirle un origen anterior. En cambio, el egipcio corresponde, según el punto de vista de Howard Carter, a los ejemplos de la Dinastía XXVI y puede, por ello, fecharse en el siglo VI, mientras que los de los escarabeos pertenecen probablemente a época ptolemaica. Creo, además, que no es demasiado atrevido situar los anillos con sello también en el siglo VI o V, igual que la diadema ibérica y el brasero cartaginés.

Quizá fue escondido todo el tesoro en la agitada época de las guerras entre romanos y cartagineses, hacia el año 206 a.C., en el que los cartagineses fueron expulsados de Cádiz, su último bastión, momento que nos proporcionaría el *terminus ante quem* extremo” (Mélida Alinari, 1928: 508-509).

⁴ Algunos de estos hallazgos, como los del pago de Viñas de San Antón (Cabeza-Ravi), ya fueron mencionados por Publio Hurtado, como refleja el acta, en la sesión celebrada por la Comisión de Monumentos de Cáceres el día 14 de marzo de 1920 (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXVII, pp. 365-379).

Al margen de este sorprendente replanteamiento contextual, funcional y cronológico del Tesoro de Aliseda, Mérida sacó tal partido de la visita de Carter que a los pocos días de su marcha exponía, ante el numeroso y distinguido público convocado en el Paraninfo de la Universidad Central, una conferencia de vulgarización histórica –como en la época se denominaba a la divulgación– sobre los trabajos del egiptólogo, que contó con el apoyo de las películas y diapositivas dejadas por éste antes de su marcha de España⁵.

Entre ese mismo público universitario que le seguía con pasión, Mérida fomentaría la teoría de la ocultación del Tesoro de Aliseda a través de su célebre *Arqueología española*, un libro de texto con el que en 1929 pondría el broche final a una trayectoria de casi cincuenta años dedicada a la investigación, y donde, de un modo más comedido, insistiría en la importancia de las piezas de oro de Aliseda “que en su mayor parte son adornos femeniles, y que parecieron ocultos, acaso por mano codiciosa” (Mérida Alinari, 1929: 95). Entre la lengua y el medio extranjeros utilizados para explicar su nueva fundamentación y su escasamente explícita mención en el manual destinado, en principio, a ser la referencia para los arqueólogos del segundo tercio del siglo XX, la renovada teoría de la ocultación correría el riesgo de caer en un pozo para la ciencia española. Sin embargo, aunque importantes prehistoriadores como P. Bosch Gimpera (1928: 323; 1932: 260) continuaron defendiendo la cronología antigua de algunas piezas del tesoro, la nueva propuesta de Mérida sobreviviría con leves matizaciones a través de trabajos de amplia divulgación, como los de A. García y Bellido (1942 y 1952), hasta que en 1956 A. Blanco Freijeiro en su célebre “Orientalia” demostró la autoría occidental, si bien dentro de las tradiciones fenicias, de un tesoro que debía fecharse entre finales del siglo VIII y finales del siglo VI a.C. Su contexto, no obstante, seguiría siendo un enigma.

4. ANEXO. TRADUCCIÓN DE “DER SCHATZ VON ALISEDA”

[*Archäologischer Anzeiger. Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 43, Berlin-Leipzig, 1928, pp. 497-510.]

EL TESORO DE ALISEDA

En el entorno de la localidad de Aliseda, a unos 30 km de Cáceres, Extremadura, y a 55 de la frontera portuguesa, unos trabajadores, que sacaban tierra para un tejár, encontraron casualmente en el año 1920, a 1 m de profundidad, un cierto número de adornos de oro, que, a causa de su ignorancia y codicia, recogieron descuidadamente y trataron muy mal al limpiarlos. Todo lo que encontraron se lo ofrecieron en Cáceres a los plateros para su venta. Allí la Comisión de Monumentos reconoció el carácter prerromano del hallazgo y las autoridades consiguieron rescatarlo. Por una Real Orden del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes las joyas se asignaron al Museo Arqueológico Nacional. Así, tuvo la oportunidad de recogerlas personalmente en Cáceres y trasladarlas a Madrid.

Me di cuenta inmediatamente de que se trataba de un tesoro fenicio. Los testimonios que podían aclarar las circunstancias del hallazgo son muy confusos: se habló de una vasija de barro, que parece que los descubridores partieron a golpes, lo que hacía suponer que, como en otros casos, los adornos estaban guardados en ella; se habló también de que no se encontraron en una vasija, sino que estaban

⁵ *ABC*, 19 de diciembre de 1924, p. 17. Mérida no fue el único en divulgar los trabajos de H. Carter; nos consta que el poeta Manuel Machado le precedió en ese tipo de iniciativa (*ABC*, 16 de diciembre de 1924, p. 17), siguiéndole más tarde el erudito marianista Pedro Martínez Saralegui (*ABC*, 18 de enero de 1925, p. 24). En 1926 Bosch Gimpera también lo haría (Gracia Alonso, 2011: 208). Era deseo de Carter que el material circulara por las diferentes universidades españolas (*ABC*, 5 de diciembre de 1924, p. 4).

dispersos en una superficie de aproximadamente 2 m². La información más segura, que luego fue confirmada también por una minuciosa excavación posterior, es que existía en el lugar del hallazgo un resto de construcción del tipo de un muro de cimentación, formado por pequeños mampuestos unidos a seco. No es fácil decidir si hay que considerar el conjunto como un lugar de enterramiento (no se conocen hallazgos de huesos) o, lo que es más probable, como un simple escondrijo de esos valiosos objetos.

A primera vista estaba claro que la mayoría de las joyas representaba el aderezo de una mujer distinguida. Se trata de las siguientes piezas: un aro para la cabeza, una diadema, diferentes restos de collares, un par de arracadas, un par de brazaletes y un cinturón compuesto de numerosas placas, que, como los collares, fue ensamblado cuidadosamente en el Museo; además, algunas cadenitas y adornos para prender en el vestido; a esto se añaden anillos y sellos con piedras grabadas, un cuenco también de oro y un espejo de cobre de forma circular y, finalmente, un jarro de vidrio. Al otro lado del muro se encontró un brasero cartaginés de plata junto con numerosos fragmentos de otro recipiente del mismo tipo. También se encontraron entre la tierra algunas asas de vasijas de cerámica común.

Estos objetos los describí en un memorándum en el que informaba del importante descubrimiento [Mélida, *Tesoro de Aliseda*, Madrid 1921]. Ya allí llamé la atención sobre las diferencias técnicas que pueden constatarse en algunas piezas de oro y advertí que éstas apuntan a distintos orígenes y épocas diferentes. Según ello, se trata seguramente, como en otros casos semejantes, de una mezcla variada de objetos valiosos, de un tesoro escondido, como supuso Howard Carter, a quien enseñé esas antigüedades. Esa suposición viene apoyada además por lo inusual de un hallazgo así en Aliseda, una localidad sin historia, de la que no se conocen ni tradiciones ni otras antigüedades.

Describamos primero brevemente los objetos de oro. En casi todos pueden constatarse los rasgos fundamentales de la técnica y el estilo fenicio y cartaginés. De ese grupo oriental se diferencia la diadema (Figura 1), en la que se reconoce claramente la mano autóctona. Se compone de numerosas rosetas y guirnalda en trabajo de filigrana, y debajo colgantes de cadenitas terminadas en pequeñas esferas, y en los extremos dos placas de unión triangulares que quedarían por encima de las sienas. Las rosetas estaban adornadas con turquesas, de las cuales sólo se conserva una. Esta diadema fue ensamblada por un joyero de Cáceres, que no pudo utilizar algunas partes incompletas, de modo que hoy ya no es lo suficientemente larga como para poder ponerla en torno a la frente. En general este adorno tiene la misma forma que la conocida diadema de Jávea [Mélida, *El Tesoro ibérico de Jávea*, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 13, 1905, 366], que se diferencia de ella, sin embargo, por su estilo de influencia griega, mientras que la pieza de Aliseda –en mi opinión más antigua– muestra claramente reminiscencias orientales. En ambas, como en todos los objetos de adorno ibéricos, puede constatarse la técnica oriental, tanto en la precisión del trabajo como en el granulado y la factura de las cadenitas o cordoncillos.

Entre las piezas fenicias del tesoro, llaman la atención especialmente, por su fino y artístico trabajo, las dos arracadas (Figura 2). Su diámetro mide 0,07 m. Cada una de ellas consiste en una pieza

FIGURA 1
DIADEMA DE ORO IBÉRICA

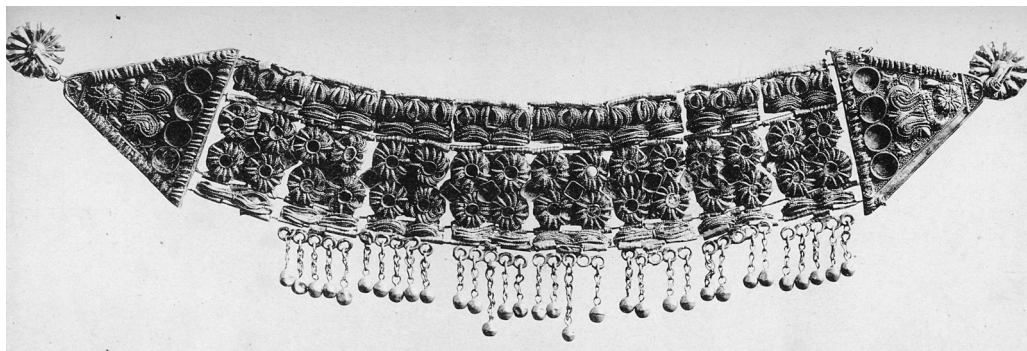
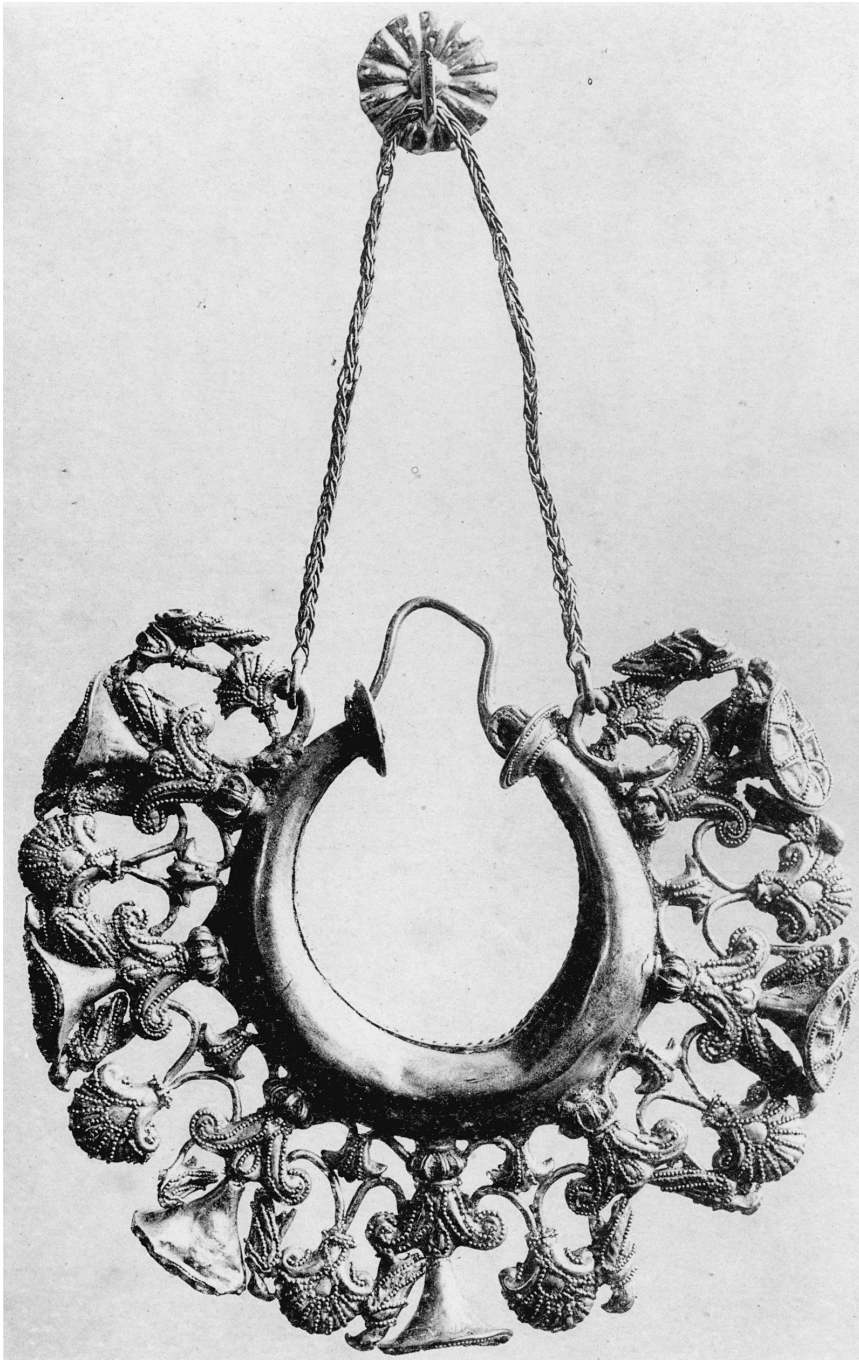


FIGURA 2
ARRACADA FENICIA



central en forma de media luna, de la que irradian una serie de flores de loto turnándose con palmetas de carácter asirio, a cuyos lados se asientan figuras en relieve del halcón sagrado egipcio, todo ello en técnica de calado con perfiles granulados. Esas arracadas superan en perfección y belleza a todas las piezas semejantes encontradas tanto en España como en el extranjero.

No menos interesantes son en este sentido los dos brazaletes (Figura 3), configurados por una doble fila de ondas en trabajo calado y que llevan en los extremos macizos, con forma de semicírculo, palmetas de estilo asirio sobre fondos granulados.

El collar de tres partes (Figura 4), que fue recompuesto con las cincuenta y tres piezas que llegaron a nuestras manos y al que pertenecieron sin duda algunas otras, por desgracia perdidas, consiste en perlas e hilos en filigrana y colgantes de adorno. Diecinueve de las cuales tienen la forma de glandes aplastados; diez, con bordes en forma de cordón, son del mismo tipo que los que luce la Dama de Elche. Otras quince piezas, de forma tubular, son estuches para amuletos; dos de ellos están coronados con la cabeza sagrada egipcia de halcón, sobre la que se encuentra el disco solar; otras dos representan al sol y a la luna menguante. A ello se añaden, finalmente, dos cabezas de serpiente con líneas granuladas y cuatro pequeñas esferas de la misma factura, extraordinariamente fina. Todas estas piezas se parecen a aquéllas que se conocen de Oriente o a las que se han encontrado en las necrópolis fenicias de Cádiz y en la isla de Ibiza.

Además llegaron al Museo otras sesenta pequeñas placas dispersas, todas en un revuelto desordenado, y con pequeños agujeros en los extremos, que sin duda están pensadas para los remaches de sujeción que se encontraron con ellas; también dos placas con un gancho y con los mismos motivos que la mayoría de las otras. De un examen exhaustivo resultó que todas esas piezas se podían ensamblar formando un suntuoso cinturón de oro, que colocamos sobre cuero (Figuras 5 y 6). Este cinturón consiste en tres franjas longitudinales contiguas: la central es una simple cinta de oro trabajada en una pieza; la superior y la inferior se componen de sesenta placas pequeñas en total: en treinta y seis placas cuadradas con fondo granulado se representa, en relieve repujado, la lucha de un hombre con un león, y en veinticuatro rectangulares del mismo tipo una esfinge alada. Todas éstas, como las de la franja central, tienen agujeros en los extremos para los remaches, de modo que fue posible su reconstrucción y fijación al modo antiguo. Este suntuoso cinturón, compuesto todo de oro, se completa con las dos placas de cierre, que están trabajadas igual que las placas pequeñas y repiten la lucha del hombre con el león en dos filas, entre una franja media y un borde de palmetas asimétricas. Las formas ornamentales están bien dibujadas, pero no las figuras. Su reproducción, sobre todo la del hombre y el león, es sumaria y basta, por lo cual esta pieza se diferencia de los brazaletes y colgantes del collar, que presentan una excelente ejecución artística. Al contrario que ellos, el cinturón no tiene igual entre

FIGURA 3
BRAZALETE FENICIO DE ORO



FIGURA 4
COLLARES FENICIOS DE ORO, DETALLE



FIGURA 5
CINTURÓN DE ORO FENICIO, PORCIÓN INTERIOR

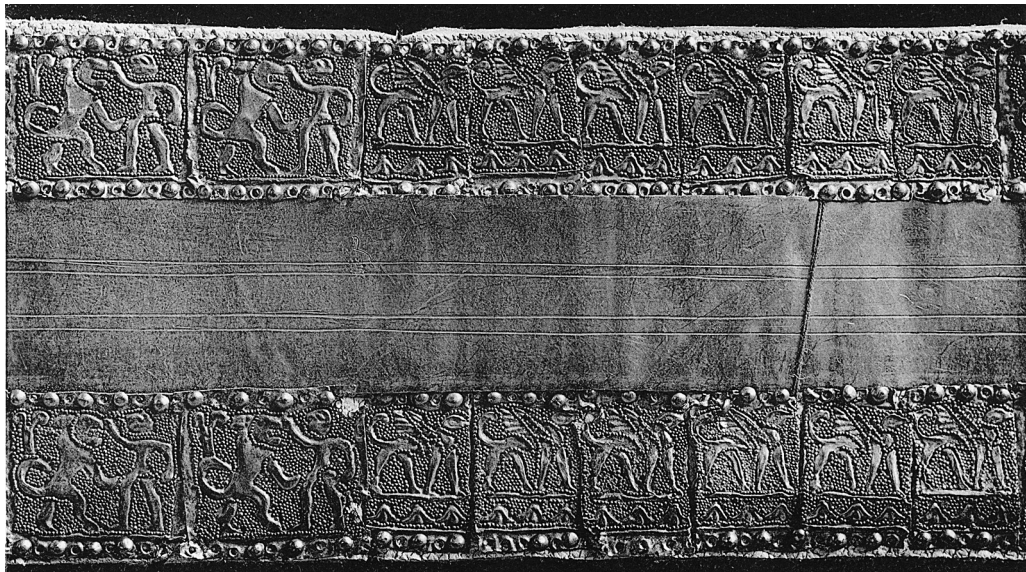


FIGURA 6
CINTURÓN DE ORO FENICIO, PLACA DE SUJECIÓN



los objetos suntuarios fenicios que se han encontrado tanto en España como en el extranjero. Es una pieza completamente única. Su longitud es de 0,821 m y la anchura de sus placas de cierre 0,071 m. La parte flexible, algo menos ancha, tuvo que haber estado provista de una guarnición de tela en sus bordes.

Hemos de citar además ciento noventa y cuatro pequeñas placas repujadas, que muestran palmetas sobre un canutillo horizontal, de lo que puede deducirse que servían para adorno de una prenda de vestir, y dos cadenitas (de 0,675 y 0,670 m de longitud), una con un remate en placa, decorada al modo egipcio, y con un pequeño gancho, ambas con un pequeño alambre ondulado para su fijación. Al principio creíamos que esas cadenitas serían los bordes del cinturón, pero pudo constatarse que las ondas citadas no se correspondían con los agujeros y clavos antes citados. Por eso suponemos que pertenecían también a una prenda de vestir adornada con la serie de palmetas, y más concretamente a su borde. El conjunto al que pertenecieron un día todas esas partes fue quizá un velo de mujer.

Puede que sirviera para sujetar ese velo a la cabeza, o incluso como adorno del pelo, otra pieza de oro: un arete tubular de 0,233 m de diámetro, con extremos estrechados y entrelazados y piezas de cierre en forma de bellota. Se cuenta además con unas cuantas piezas sueltas más pequeñas y dos fragmentos de un ornamento de filigrana, hechos con hilos de oro, de un trabajo minucioso, delicadísimo, realmente microscópico.

Sumamente interesante es la serie de anillos-sellos y de adorno. Uno lleva un gran escarabeo de amatista con un fino grabado de dos divinidades sentadas ante un altar, flanqueado por dos grifos, y sobre ellas el disco solar alado. En otro anillo el escarabeo está hecho de ágata roja y su grabado representa un dios sentado, con dos cabezas que llevan mitra, y dos pares de alas. Sobra referirse al estilo egipcio de esta piedra y de la anterior, ambas fenicias. Otro anillo lleva un escarabeo de jaspero y como grabado una figura en pie con barba, que recuerda a las figuras asirias. Dos de los anillos de oro son también sellos y están grabados en el mismo chatón de oro. Son muy diferentes. En uno el aro está decorado con espirales entrelazadas y el chatón muestra un hombre a caballo, ambos dibujados sumariamente. Este anillo es un trabajo griego de arte egeo. En cambio, el otro, tanto por la forma del chatón como por el tema decorativo, un cinocéfalo sobre un barco del Nilo, muestra carácter egipcio; lo mismo que los tres restantes, que no son sellos sino sólo anillos con escarabeos: en dos de ellos los escarabeos, dos en cada uno de ellos, son de una materia parecida al vidrio, mientras que en el tercero la representación de cabezas humanas, montada sobre cuatro escarabeos, está modelada en turquesas. Las monturas de los tres anillos son bonitas y finamente trabajadas al modo egipcio.

El brasero cartaginés de plata es redondo y tiene un diámetro de 0,45 m; en su borde plano hay, arriba, en el lugar correspondiente al asa, tres rosetas; en el lado de abajo se colocó encima una gruesa chapa, toscamente labrada, que acaba en dos antebrazos con manos de seis dedos y que lleva en medio dos anillas, en las que antes se sujetaba el asa, ahora rota. Este brasero se corresponde exactamente con el de cobre que Bonsor descubrió en la llanura de Carmona (Sevilla) y que también muestra manos. La mano con dedos contiguos y el pulgar curvado contra el índice es un conocido símbolo cartaginés, utilizado a menudo.

Junto con todos esos objetos preciosos se encontró un recipiente de vidrio intacto que los descubridores rompieron y del que en principio sólo llegó al Museo un fragmento con los demás objetos de adorno; pero tras recuperarse otras partes pudo reconstruirse casi entero, tal como está reproducido aquí por primera vez (Figura 7). Se trata de un jarrito, 0,15 m de alto, de anchas paredes y hecho de vidrio opalino verdoso, con un cuerpo alargado redondo y cuello cónico. Al borde de la boca va fijada un asa de la que sólo queda un trozo. La pared tiene 10 mm de grosor en la panza y es más delgada en el cuello. Este recipiente lleva al dorso una inscripción jeroglífica rotatoria y tres cartuchos en el cuello. Ya al examinar el fragmento reconocí, y la reconstrucción del recipiente no lo desmintió, que se trataba de una imitación de un objeto egipcio, realizada por fenicios, que gustaban de copiar inscripciones religiosas con signos jeroglíficos con bastante frecuencia, también en este caso, sin sentido racional alguno. Mi opinión fue confirmada por Howard Carter, que me comunicó en un escrito del 17 de febrero de 1925 que la inscripción presuntamente egipcia es equiparable a inscripciones "egipcias" semejantes que proceden de no antes del siglo IV antes de Cristo o más probablemente del siglo III o II, a excepción de los cartuchos imitados, que guardan una semejanza curiosa con los de Asiria, encontrados en Nimrud, que pertenecen al siglo VIII o VII, en todo caso al IX. El citado hallazgo de Nimrud, como también

FIGURA 7
JARRO DE VIDRIO CON SIGNOS JEROGLÍFICOS GRABADOS



otros de Nínive, contenía platos de ofrenda de plata, elaborados por fenicios e introducidos por ellos en Asiria, igual que los descubiertos en Chipre. La yuxtaposición de elementos temporalmente diferentes en las inscripciones del recipiente es una prueba más de la falta de originalidad de su factura y de su pura repetición artesanal. La pieza hubo de venir a España no más tarde del siglo III antes de Cristo, en que se expulsó a los cartagineses.

Los objetos de adorno no proceden todos del mismo tiempo, ni siquiera del mismo taller. Si se considera la pureza de su estilo y su técnica, las piezas reconocidamente fenicias, como las arracadas, en las que se reúnen elementos egipcios y asirios, así como los brazaletes con adornos asirios, pueden ser productos muy antiguos. Algunos creen que los finos objetos de adorno fenicios del tesoro pueden fecharse en el siglo IX, pero para una datación exacta faltan elementos de comparación, que no he encontrado, por mi parte, entre los ejemplares de Chipre ni de otros lugares, incluyendo España, que no tienen la misma perfección. Por lo que respecta al cinturón fenicio, en el que predominan elementos asirios y que artísticamente es menos valioso que los objetos citados, nos parece que no se puede situar antes del siglo VI a.C., una datación que hemos de suponer en principio con las lógicas cautelas respecto a ésta y al resto de las piezas. Los restos pertenecientes al collar, con las cabezas simbólicas egipcias, son idénticos a los que se encontraron en el sarcófago antropoide de Cádiz, que se data en el siglo V. Creo que no es precipitado suponer que esos objetos de adorno se inscriben entre el siglo VII y el V. De los anillos, al de carácter prehelénico hemos de adscribirle un origen anterior. En cambio, el egipcio corresponde, según el punto de vista de Howard Carter, a los ejemplos de la Dinastía XXVI y puede, por ello, fecharse en el siglo VI, mientras que los de los escarabeos pertenecen probablemente a época ptolemaica. Creo, además, que no es demasiado atrevido situar los anillos con sello también en el siglo VI o V, igual que la diadema ibérica y el brasero cartaginés. Quizá fue escondido todo el tesoro en la agitada época de las guerras entre romanos y cartagineses, hacia el año 206 a.C., en el que los cartagineses fueron expulsados de Cádiz, su último bastión, momento que nos proporcionaría el *terminus ante quem* extremo.

Si el número de los objetos de adorno fenicios conocidos hasta ahora, que se han encontrado en España, en Cádiz, Málaga y en otros lugares de Andalucía, así como en la isla de Ibiza, ya era considerable, ahora se añade el tesoro de Aliseda, que supera incluso en importancia a los hallazgos anteriores y, si no estoy mal informado, también a los que se han conocido de Chipre y de otros lugares del Mediterráneo. Creo que se puede suponer que hoy se encuentra en España el material más abundante y variado para el estudio de la industria ornamental fenicia. Creo también que unos objetos de adorno tan magníficos tienen que provenir de los talleres de Oriente y que fueron llevados por mercaderes fenicios a sus colonias y ciudades, mediante aquel tráfico comercial de cuyo esplendor en los países del Viejo Mundo dan testimonio tantos hallazgos.

Madrid

José Ramón Mélida

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ-OSSORIO, F.

(1934): “Notas biográficas del Excmo. Sr. D. José Ramón Mélida Alinari”, *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, 1, pp. 1-48.

BLANCO FREIJEIRO, A.

(1956): “Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península”, *Archivo Español de Arqueología*, 29, pp. 3-51.

BOSCH GIMPERA, P.

(1928): “Problemas de la colonización fenicia de España y del Mediterráneo occidental”, *Revista de Occidente*, XIX-XX, pp. 314-348.

(1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Alpha, Barcelona (consultada en la edición de Jordi Cortadella, Pamplona, Urgoiti Editores, 2003).

CASADO RIGALT, D.

- (2006a): *José Ramón Mélida y la Arqueología española, Antiquaria Hispanica*, 13, Madrid, Real Academia de la Historia.
- (2006b): “José Ramón Mélida, un arqueólogo entre dos estilos”, *Gerión*, 24-1, pp. 371-404.
- (2006c): “José Ramón Mélida, principal impulsor de la arqueología extremeña en el primer cuarto del siglo xx”, *Revista de Estudios Extremeños*, 62-1, pp. 11-84.

CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E.

- (2006-07): “José Ramón Mélida y la arqueología en Cáceres. La correspondencia con la *Revista de Extremadura*”, *Homenaje a Carmen Gasset Loring, Anas*, 19-20, pp. 61-86.

DÍAZ-ANDREU, M.

- (2004): “Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro”, en José Ramón Mélida, *Arqueología española*, edición a cargo de Margarita Díaz-Andreu, Pamplona, Urgoiti Editores, pp. VII-CXCIX.

GARCÍA Y BELLIDO, A.

- (1942): *Fenicios y carthagineses en Occidente*, Madrid, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hebraicos-C.S.I.C.
- (1952): “III. Colonización púnica”, *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, tomo I: *España primitiva, vol. II: La protohistoria*, 4.^a edición, 1982, pp. 309-492.

GRACIA ALONSO, F.

- (2011): *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio*, Madrid, Marcial Pons Historia.

MÉLIDA ALINARI, J. R.

- (1897): “Extérieur-Bulletin Archéologique d’Espagne”, *Revue des Universités du Midi*, III, pp. 105-118.
- (1898): “Bulletin Hispanique, Archéologie Ibérique et Romaine”, *Revue des Universités du Midi*, IV, pp. 219-229.
- (1918-25): “Joyas fenicias y cartaginesas. El Tesoro de Aliseda (Cáceres)”, *Museum. Revista mensual de arte español antiguo y moderno y de la vida artística contemporánea*, 6, n.º 6, Barcelona, pp. 219-226.
- (1921a): *Tesoro de Aliseda. Noticias y descripción de las joyas que le componen*, Madrid, Museo Arqueológico Nacional, Fototipias de Hauser y Menet.
- (1921b): “Tesoro de Aliseda. Noticia del tesoro en particular y de la joyería fenicia en general”, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXIX, Madrid, pp. 96-124.
- (1921c): “El Tesoro de Aliseda”, *Coleccionismo*, 105, Madrid, pp. 165-171.
- (1922): “Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional en 1920. Notas descriptivas. II Adquisiciones del Estado. Tesoro de Aliseda”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 43, n.º 7-9 (julio a septiembre de 1922), Madrid, pp. 341-346.
- (1924a): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Cáceres*, manuscrito original, Madrid, Biblioteca Tomás Navarro Navarro-C.S.I.C. (<http://biblioteca.cchs.csic.es/digitalizacion_tnt/index_interior_caceres.html>).
- (1924b): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Cáceres (1914-1916)*, Texto I, Madrid, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Imprenta de la Ciudad Lineal.
- (1928a): “Der Schatz von Aliseda”, *Archäologischer Anzeiger. Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 43, Berlin-Leipzig, pp. 497-510.
- (1928b): “The Roman Theatre of Mérida”, *Art and Archaeology*, XXV, pp. 30-35.
- (1929a): *Arqueología española*, Barcelona, Editorial Labor (consultada en la edición de M. Díaz-Andreu, Pamplona, Urgoiti editores, 2004).

- (1929b): “Les Fouilles de Mérida”, *Bericht über die Jahrhundertfeier*, Berlín, pp. 184-192.
(1931): “Arte Clásico en España”, en G. Rodenwaldt (ed.), *Arte Clásico (Grecia y Roma)*, Historia del Arte Labor, 3, Barcelona, pp. 99-114.

ORTIZ ROMERO, P.

- (2005): “El bronce tartésico conocido como ‘Guerrero de Medina de las Torres’. Notas sobre su hallazgo en Valencia del Ventoso (1903)”, *Cuadernos de Çafra*, III, Zafra, pp. 95-112.

PONS MELLADO, E.

- (1999): “El descubrimiento de la tumba de Tutankhamón: las visitas de H. Carter a España”, *Isimu. Revista sobre Próximo Oriente y Egipto en la antigüedad*, 2, pp. 425-447.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., ORTIZ, P., PAVÓN, I. y DUQUE, D. M.

- (2014): *El Tiempo del Tesoro de Aliseda. I. Historia e historiografía del hallazgo*, Cáceres, Tagus.

RUEDA MUÑOZ DE SAN PEDRO, G.

- (1993): “Las dos visitas de Howard Carter a España en 1924 y 1928”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II época, agosto, n.º 17, pp. 59-80.